

## LA PRADERA DE SAN ISIDRO

por Solís Avila



## MADRID EN FIESTAS

Con mayo, el mes azul, Madrid entra en fiestas, y en su Dos, recuerda la gesta que su pueblo sabe de morir bravamente. Más adelante, su patrón, San Isidro, humilde jornalero campesino, viene a hablarnos de un Madrid chiquito, apenas varias casas sobre un paisaje nuevo, prácticamente sin historia. El Guadarrama, a lo hondo, con sus blancos. Los bosques apretados bajan hasta las calles y las plazas del Madrid de hoy, entre varios trozos, pequeños todavía, que se dedicaban a la agricultura.

Los bosques han caído y sus últimos jirones, gloriosos, están en lo alto; —¿quién dijo que Madrid no tiene alrededores?—. Las cuatro casas se han convertido en una gran ciudad; sólo el viento es inmutable en el ayer y en el hoy, y el Guadarrama sigue a lo hondo, blanco a las veces.

Si sopla el viento del Norte, Madrid, en mayo, adquiere la limpidez del cristal. Los colores son más próximos y las cosas llegan a nosotros con regate de caricia sin empacho. El Madrid de mayo, que conserva su viento, es un Madrid encantado, donde espera uno tocar los objetos y hasta oír su sonido, como ocurre con el cristal de Bohemia al contacto de una cucharilla.

Hablar de Madrid en fiestas en 1960 es hablar de las fiestas de una de las capitales más bonitas del mundo, al decir del presidente de la nación hoy a la cabeza de ese mundo.

Las fiestas madrileñas tienen hoy muchos matices, muchas llamadas a contar de ellas. Nosotros queremos fijarnos en dos: una popular, exclusivamente suya, donde se mezclan en feliz ayuntamiento la grandeza y la picaresca. Tiene la otra cada vez más empaque internacional y si bien podemos decir que Madrid es una de las ciudades del mundo de turismo constante, tiene su concreción más perfecta en la Semana Grande de San Isidro.

Será conveniente decir aquí —aunque no venga muy bien a un Madrid en fiestas— que el Dos de Mayo de 1808, cuya conmemoración todos los mayos celebra Madrid, viene a ser como el espaldarazo de primera capital de la nación, conseguido con la sangre y carne de su pueblo.

En el Dos de Mayo de 1808 el pueblo madrileño marcó a los pueblos de toda España su camino: estuvo a su altura de rector del país. Y no sólo por lo que se refiere a Madrid capital, sino hasta Madrid provincia —léase 19, 20 y 21 de marzo de 1808 en Aranjuez y declaración de guerra del alcalde de Móstoles a Napoleón—. Móstoles y Aranjuez, representando a nuestra provincia, dan la medida exacta del sentir político de los madrileños en toda hora histórica, hasta en aquella fecha, por tantos motivos desgraciada, del Dos de Mayo.

Una breve historia de las fiestas de San Isidro en Madrid nos pone, en el presente, ante un acontecimiento de rango internacional. No hace mucho estas fiestas eran dedicadas exclusivamente al pintoresquismo de una Patria sin pulso, de la que Madrid era fiel reflejo.

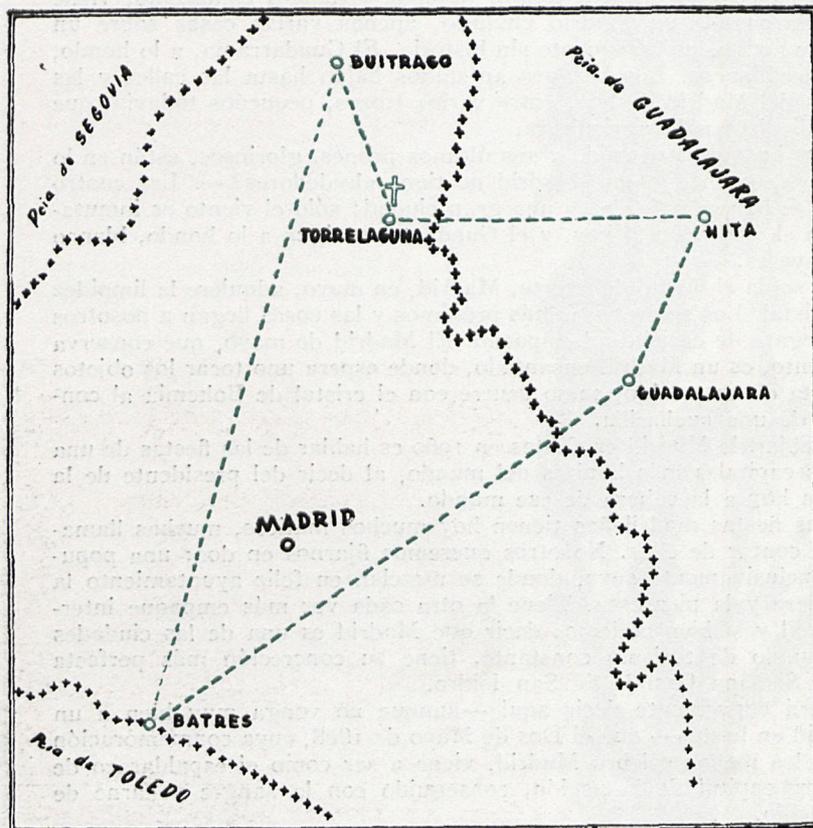
Los trenes botijos, los isidros, la «Bombi»... y muchas más cosas, es historia menuda de un Madrid rebasado, ajustado al nervio de una pequeña capital de provincia —lo que entonces era— y que hoy, con sus dos millones largos de habitantes, con sus grandes rascacielos, con sus avenidas, con su pulso y sentir internacionales, derramado en buena parte hacia fuera —aunque es bueno decirlo, con un poco de pazguata admiración a lo extraño—, ha dado paso a unas fiestas nuevas, donde el extranjero se ha trocado por el isidro de provincias y los trenes botijos por los grandes aviones transoceánicos.

Las fiestas de Madrid son a modo del pulso nuevo de la ciudad, que en menos de veinte años ha acogido a un millón largo de ciudadanos nuevos, ha trazado avenidas modernísimas, ha levantado edificios suntuosos, ha embellecido jardines, ha creado fabulosas canchas deportivas de fama mundial, centros recreativos, dado vigor a sus centros culturales...; una colonia importante extranjera, tanto estable como flotante, da un empaque cosmopolita a nuestra ciudad y sus fiestas...

Hablar, por eso, de las fiestas de Madrid, hoy, en 1960, es tarea difícil. La ciudad ha crecido, las sugerencias de sus fiestas no se reducen a los pregones oficiales: se han derramado y cruzan todo sitio, pues Madrid, en mayo, con el viento del Norte soplando suave, es ya, en sí, una pura fiesta, un puro deleite al espíritu y a los sentidos.

OCTAVIO RONCERO

# JUAN DE MENA, EN TORRELAGUNA



*El paso de Juan de Mena por Torrelaguna, y su muerte allí en 1456, viene en tradición asimilada a las reuniones literarias con el Marqués de Santillana, una de cuyas residencias predilectas era Buitrago.*

*El Marqués de Santillana también tenía residencias en Hita y Guadalajara.*

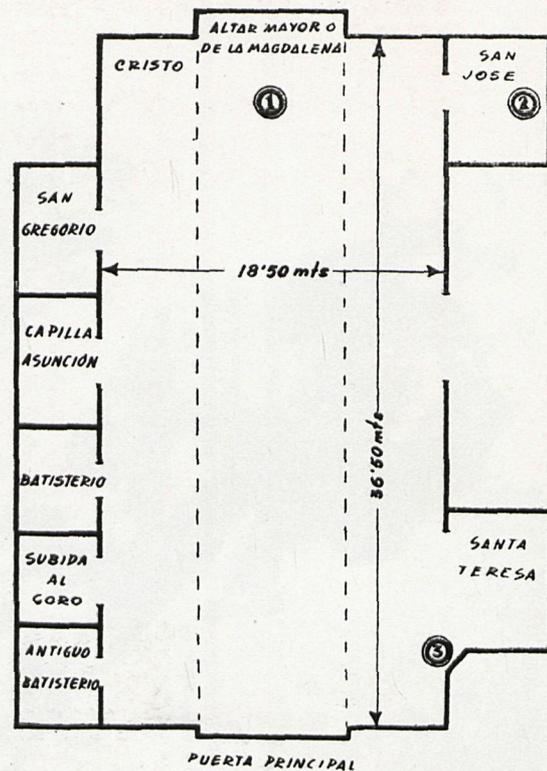
*Respecto a Batres, que análogamente viene señalado en el croquis, era residencia del buen amigo de Juan de Mena, Fernán Pérez de Guzmán, también destacado escritor.*

**E**L epitafio que el historiador de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, anhelaba colocar en la sepultura de Juan de Mena, en Torrelaguna, debe ser obligado prólogo cuando se trata de relacionar al gran poeta cordobés del siglo XV con el simpático y atrayente pueblo madrileño.

Mucho debía ser, en efecto, el entusiasmo de Fernández de Oviedo por Juan de Mena cuando, no obstante sus numerosas ocupaciones en América, lo recuerda tan intensamente en su obra capital «Quincuagenas», con motivo del primer centenario de su muerte, cifrando al mismo tiempo su mayor deseo en trasladarse a la lejana Torrelaguna (escribía desde la isla La Española), y

tributarle allí su más ferviente homenaje.

La localización de Juan de Mena en Torrelaguna y su muerte en el año de 1456, siempre se ha venido interpretando en sus relaciones literarias con el Marqués de Santillana, que también era señor de Hita y Buitrago. Precisamente en su predilecta residencia de este último pueblo eran frecuentes reuniones literarias de preclaros ingenios de entonces, y en las cuales sería casi necesaria la presencia del poeta cordobés. Explica todo ello el paso natural de Juan de Mena por Torrelaguna, que aún se completa con la cercanía de Guadalajara, en donde tenía el Marqués de Santillana una famosa biblioteca, muy consultada por destacados eruditos.



Planta esquemática de la Iglesia de la Magdalena, de Torrelaguna. Sepulturas que sucesivamente han ocupado los restos de Juan de Mena.

Dichosa Torrelaguna que tienes a Juan de Mena, cuya fama tanto suena sin semejanza ninguna

(G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO. «Quincuagenas».)

Amplia gratitud se debe por los admiradores de Juan de Mena a este ilustre pueblo de Torrelaguna, que ha exaltado al máximo su tributo de homenaje al meritorio poeta, que es pieza clave de la literatura castellana en su época de transición, antes de la virilidad idiomática.

Las condiciones de un pueblo, que como éste, sabe sentir y sabe amar, son en todo momento dignas de alabanza, y mucho más cuando de su seno han salido también figuras señerísimas del poderío hispano, como el gran Cardenal Cisneros, dos veces regente de Castilla.

Tiene Torrelaguna dedicadas a Juan de Mena plaza, calle y una emotiva biblioteca, también con el nombre del ínclito andaluz, y que según dijo nuestro ilustre poeta contemporáneo, Gerardo de Diego, en el discurso inaugural de la misma, fué Juan de Mena el primer escritor español que crea un lenguaje poético y se alza sobre las inferiores categorías de juglares y trovadores.

Rafael FUENTES GUERRA

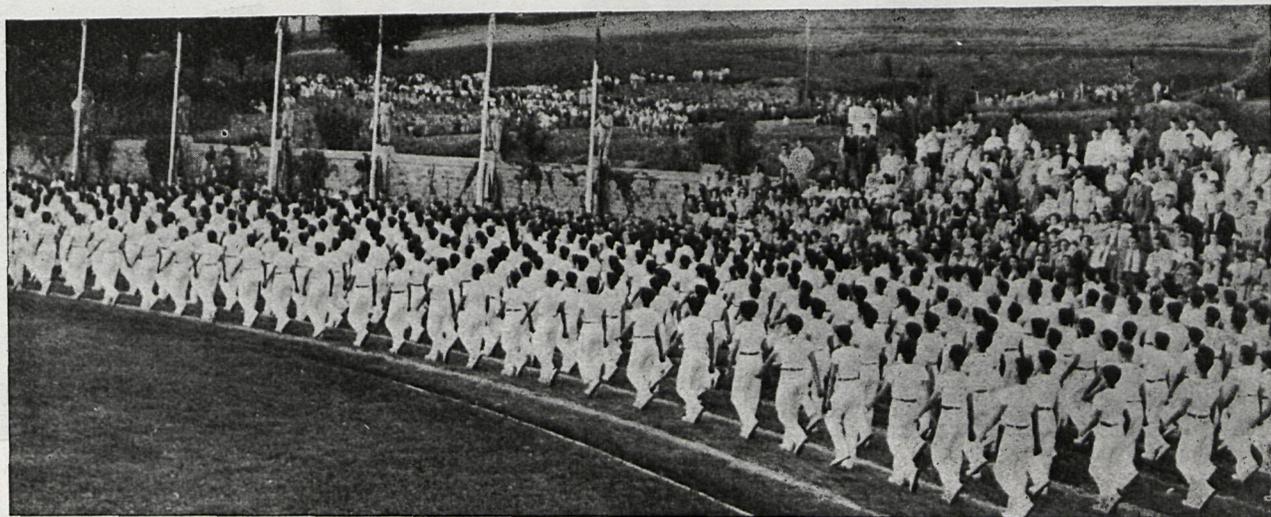


# Notas de un Curioso

por las huestes del general Markos al atleta portador de la antorcha olímpica.

El programa de las fiestas era variadísimo. Había concursos de carreras a pie; de saltos; de lanzamiento de discos; de luchas cuerpo a cuerpo, y de carreras de carros y de caballos, deporte este último propio, al igual de lo que acontece ahora, para ricos, por los enormes gastos que lleva aparejado su ejercicio.

Los griegos de la antigüedad eran espléndidos atletas que actuaban desnudos y sin sandalias, de cuerpos bien proporcionados y de miembros y músculos perfectamente desarrollados; sin embargo, sus marcas no son superiores a las logradas por nuestros deportistas. Por ejemplo, los lanzadores de discos nunca sobrepasaron los 36 metros, récord que supera cualquiera de nuestro más mo-



## LOS JUEGOS OLIMPICOS

Los XVII Juegos Olímpicos están a punto de celebrarse en Roma. Si volviéramos la vista atrás sí que podríamos afirmar que los tiempos pasados fueron mejores, y añadir, parodiando al poeta, «que aquéllos no volverán». Desgraciadamente es así. Entre éstas y aquellas olimpiadas, pocas semejantes existen. Tal vez en lo externo sólo, porque los antiguos juegos olímpicos cumplieron, además de su misión deportiva, otra principalísima: mantener, a pesar de las frecuentes guerras civiles, una comunidad espiritual entre los griegos.

Su influencia en la civilización helénica era tan considerable, que la simple convocatoria de los juegos suponía el olvido de agravios, la suspensión de hostilidades y una tregua de tres meses de duración para que todos los griegos, enemigos y amigos, pudieran presenciar este magno acontecimiento, al que acudían atletas de los cuatro ámbitos del mundo griego. Idéntico a hogaño, con excepciones odiosas y con este universo dividido por rencores nunca olvidados que impulsan a la ejecución de actos reprobables, como la cobarde agresión realizada

desto discóbolo. Únicamente en el salto, los griegos consiguieron resultados a los que no se han podido llegar hoy. Ahí está esa marca de 16 metros en saltos de longitud, que se nos antojaría pura leyenda si no fuera porque estos atletas se ayudaban de unas pesas, sostenidas por las manos, y que al balancearlas daban al cuerpo un impulso superior al normal.

El deporte más popular de la antigüedad era el boxeo. Atraía a las multitudes. Algo así como el fútbol de nuestros días. Al principio se practicaba con las manos descubiertas; luego, las envolvieron con vendas. El combate duraba hasta que uno de los contendientes se declarase vencido. Otra modalidad de lucha era el «pankración», que admitía toda clase de recursos —puñadas, puntapiés, mordiscos, arañazos, etc.— para derrotar al contrario. Indudablemente, entre el «pankración» y la lucha libre moderna, tan en boga en América y Europa, existe escasa diferencia.

En los tiempos homéricos, los premios para los vencedores consistían en objetos de valor y clase muy varia. Van desde la esclava joven bien parecida a un gran caldero de bronce, trofeos que, con el correr de los años, se convierten en esa corona de laurel, que es símbolo perpetuo de la gloria.

ANTONIO GULLON WALKER



## EXITO DE LA CORRIDA DE BENEFICENCIA

**B**RILLA una vez más el sol en la Plaza de Toros de Madrid, y brilla con esa fuerza que la Corrida de Beneficencia da a la tarde taurina. Hay lleno en los tendidos y, para que todo sea más solemne, en el Palco Presidencial aparece S. E. el Jefe del Estado, acompañado de su distinguida esposa. Son las seis en punto de la tarde y una enorme ovación recibe al Caudillo y su señora, quienes, con sus saludos, corresponden a las muestras de admiración y respeto de los espectadores.

Hay que añadir que hoy es miércoles, 8 de junio de 1960, porque esta fecha va a constituir un dato interesante para la historia de nuestra fiesta nacional, un acontecimiento taurino que hay que apuntar entre los éxitos del Marqués de la Valdavia, verdadero artífice de esta jornada que empieza a contar cuando, al compás de un pasodoble, las cuadrillas inician el paseíllo. Al frente de estas cuadrillas, Antonio Ordóñez —naranja y plata—, Manolo Vázquez —rosa y oro— y Gregorio Sánchez —gris claro y oro—.

Y sale el primer toro, de la ganadería de don Samuel Flores... y sale Antonio Ordóñez. Y ahí están, toro y torero, dibujando sobre el ruedo amarillo la gran faena, en la que el toro, embebido, va tras la muleta maestra, que hace vibrar de entusiasmo a la plaza entera, mientras Antonio Ordóñez repite una y otra vez esos pases en redondo con ese ritmo y ese temple incon-

fundibles, propios del gran artista. Y, además, hay pases por bajo, derechazos y naturales, que se coronan siempre con el de pecho. ¡Qué tranquilidad a la hora de mandar! Todo es una muestra delicada de dominio, armonía y belleza, en un alarde de lidia que no tiene la suerte de culminarse con la espada.

Sin embargo, la faena que no vale una oreja para el torero, ha servido de prólogo excepcional a la gran tarde taurina. Y Antonio Ordóñez demostró que aquello sólo fué el principio, cuando «Tabaquer», con el núm. 35, pisaba el suelo del coso madrileño. Era el cuarto toro de la tarde y, quizás, uno de sus principales protagonistas. Toro negro, espeso, de bella estampa y, sobre todo, bravo, muy bravo. Por ello, el torero se fué con ganas hacia él para, con el capote, dejar constancia de su elegancia torera después de cuatro grandes lances.

El ambiente se ha caldeado. El público espera impaciente y ve venir la gran faena. Y así es; el diestro se recrea, convertido en una estatua, para dar unos ayudados por alto; pasa el toro y otra vez surgen los pases en redondo de Antonio Ordóñez, como los que dió a su primer toro. Vuelve a utilizar la derecha y vuelven, una y otra vez los naturales hasta que el torero, tras una faena larga y reposada, acompañada siempre por el clamor de entusiasmo del público, incita al toro y, en su segundo intento, mata recibiendo, con la espada lige-

ramente ladeada. Ha sido más que suficiente; la faena y la última suerte culminan con éxito una actuación memorable. Esta vez las dos orejas y dos vueltas al ruedo, son el premio unánime que se lleva triunfalmente Antonio Ordóñez.

El arte de Manolo Vázquez se quedó inédito en esta tarde gloriosa, en la que un toro le impidió al principio toda posibilidad de faena. Antes había dejado ya, sin embargo, el gusto de sus quites y la alegría de su capote como promesa de una tarde que iba a ser redonda. Pero el toro, difícil, que tuvo que matar Antonio Ordóñez, lo mandó a la enfermería en el mismo centro del ruedo, cuando toro y torero se encontraban completamente solos, haciendo más lenta la oportunidad de un quite que no pudo llegar a tiempo.

Antonio Ordóñez había triunfado ya en su primer toro y Manolo Vázquez acababa de pasar a la enfermería, quedando para Gregorio Sánchez tres toros en una tarde que exigía mucho y que todavía después Ordóñez valoraría más tras una inmejorable faena.

Tenía, pues, Gregorio Sánchez que jugársela en esta tarde, y el diestro de Toledo se la jugó y nos emocionó a todos con su valor —¡qué corazón el suyo!— y su arte, un arte completamente diferente al que se paladeaba en los tendidos. Pero Gregorio Sánchez se superó, especialmente en el quinto de la tarde, al que consiguió cortarle una oreja tras una lucha emocionante, en

la que varias veces fué zarandeado por el toro, al que, sin embargo, se impuso con varias tandas de naturales, sin ayudarse con la espada. Acertó con el estoque y dió la vuelta al ruedo con la oreja de su enemigo, y, por último, demostró una vez más su valor y su seriedad torera en el toro que cerró plaza, en el que, al igual que en su primero, dejó constancia de su extraordinaria clase.

Así pasó la gran corrida y viene el recuerdo a la gran faena, a esa extraordinaria faena de Antonio Ordóñez a su segundo toro, la faena de la Corrida de Beneficencia y, no cabe duda, la faena de la temporada. Un torero «mandón», que lo hace todo con elegancia, con facilidad y dominio. Todo ello dentro de unas líneas bellas, en las que juegan, llenos de armonía, toro y torero, pero siempre mandando el torero, dominando el hombre, que se hace artista para bordar faenas elegantes, que van sucediéndose casi académicamente, segundo a segundo. ¡Qué tarde más grande para la fiesta nacional y qué motivo tan humano para su celebración! La Corrida de Beneficencia ha sido el máximo acontecimiento taurino de la temporada y ha revestido esta vez caracteres especiales, donde la filigrana de Antonio Ordóñez —por un lado— y el valor y el corazón de Gregorio Sánchez —por otro—, han hecho de esta jornada una de las mejores corridas de nuestra Beneficencia y nos ha hecho remontarnos a aquellas tardes del incomparable diestro cordobés, el señor de Córdoba. Conviene ahora recordar para cerrar esta reseña, porque Manolete dió aquí también muchas lecciones de arte y, sobre todo, de caridad para el Hospital Provincial de Madrid.

JUAN BURLADERO

(Fotos Leal.)

